Educación y cultura popular

Por José María GONZALEZ ESTEFANI

1. PROBLEMATICA DE LA CULTURA POPULAR

1.1. Delimitación de los conceptos de cultura. Cultura popular y cultura tradicional

Debemos entender la cultura como una manera de ser y de estar en el mundo, como el estilo de vida que adopta un pueblo, una colectividad en un momento determinado de la Historia. De aquí que las culturas aparezcan circunscritas en el espacio y en el tiempo. Cabe aceptar la postura de Toynbee para quien la cultura es respuesta a un desafío que el medio lanza al hombre. Ahora bien, conviene decir que esta respuesta viene configurada en cada caso por el proyecto de vida que el hombre mismo se traza. Ortega y Gasset en su **Meditación de la técnica** ha insistido mucho en este aspecto (1). Ese proyecto vital es el que determina las técnicas concretas que el hombre va a poner en juego para su realización. Así, poco a poco, va surgiendo ese maravilloso mundo de la tecnosfera que continúa el empuje de la vida y que, contra lo que pudiera parecer, es solidario del mundo cultural del hombre, de ese mundo de valores, de ensueños y significaciones simbólicas que lo ha hecho nacer. Por lo que respecta al mundo occidental es indudable que el hombre de Occidente se ha especializado en las técnicas de dominio de la naturaleza. El hombre oriental, al decir de Ortega y Gasset, ha preferido adueñarse de las técnicas del espíritu.

Cabría admitir empero que los productos técnicos constituyen lo que pudiéramos llamar la piel de la cultura, su exterioridad. La técnica entonces formaría parte de la **cultura manifiesta** por oposición a la **cultura encubierta** según la acertada distinción de Ralph Linton (2).

Ahora bien, para conocer verdaderamente una cultura no nos basta con conocer sus modalidades externas, sus manifestaciones más ostensibles, sino que es necesario penetrar en el mundo de las significaciones últimas, de las motivaciones profundas. No basta conocer como actúan los hombres, es necesario saber por qué actúan, cuáles son los móviles íntimos que gobiernan su quehacer. De manera que en toda cultura al lado de sus productos materiales o espirituales objetivados, al lado de los hombres creadores de los mismos encontramos también una serie de pautas culturales, de reglas de conducta, de carriles de comportamiento que pudiéramos también llamar reglas del juego social. En definitiva, toda cultura, toda sociedad es siempre un gran juego que los hombres juegan apasionadamente. Huizinga ha iluminado bien esta dimensión de la cultura (3).

---

(1) Ortega y Gasset, José: **Meditación de la técnica,** en O.C.C.C. Revista de Occidente, Madrid 1950-52. T.V. págs. 319-380, particularmente 346-350.

(2) Linton Ralph: **Cultura y personalidad.** Fondo de Cultura Económica. Méjico 1945. Ver cap. 2: Concepto de la cultura.

(3) Huizinga, J.: **Homo ludens.** EMECE. Buenos Aires 1957. Ver cap. III: Juego y competición, función creadora de la cultura.

Delimitado en sus líneas esenciales el concepto de cultura pasemos ahora a examinar qué debemos entender por cultura popular. La cultura popular es la cultura creada por el pueblo a lo largo de la Historia y no se identifica por tanto con la cultura creada para el pueblo. Y al hablar de pueblo quisiéramos referirnos a las masas anónimas creadoras de lo que Unamuno llama la intrahistoria, masas anónimas que en términos generales han tenido que soportar la dominación de una minoría privilegiada. Precisamente por esta razón no podemos identificar a la cultura popular con la pura y simple extensión de la cultura, ya hecha o existente, a capas más extensas de la población. Toda cultura popular auténtica es por definición una creación originaria del pueblo, una cultura en la que el pueblo se siente agente creador de su propio destino. Ya veremos las consecuencias que de aquí se derivan cuando nos enfrentemos con las condiciones exigidas para una nueva cultura popular.

El concepto de cultura tradicional es otro concepto que debemos dejar bien claro. En un sentido amplio la Cultura tradicional es la cultura heredada, la que hemos recibido, la que está ahí, la que está dentro de nosotros en la medida en que hemos sido configurados por ella. En un sentido más preciso llamaríamos cultura tradicional a la cultura o conjunto de culturas creadas en sus rasgos esenciales con anterioridad al gran cambio tecnológico que se inicia a fines del siglo XVIII en Inglaterra.

La cultura tradicional de Occidente es el producto de Legados culturales que han ido con mayor o menor fortuna fundiendo sus respectivas aportaciones en una síntesis relativamente coherente. Lo que da unidad a ese proceso integrador es el temple especial del hombre que lo realiza, ese espíritu faústico del hombre occidental que aspira a dominar el mundo, a someterlo, para hacer de sus hazañas y conquistas dones universalmente válidos.

El Legado clásico, el Legado Medieval, el Legado renacentista y el Legado de la Ilustración con sus aportaciones específicas constituyen los legados básicos de la Cultura de Occidente sobre los cuáles han venido a injertarse los aportes específicos de estos dos últimos siglos.

Pues bien, en el seno de esta cultura tradicional, podemos detectar formas populares y formas aristocráticas de cultura, pues incluso los mismos contenidos culturales son vividos de diversa forma por la masa popular y por el grupo privilegiado.

A veces las formas populares tienden a modelarse sobre los patrones culturales de la minoría y ésto suele ocurrir a largo plazo. En otras ocasiones el pueblo crea directamente productos culturales que salen de su propia entraña sin esperar a recibir el beneplácito de sus mayores. En casos rarísimos como ocurre en el siglo XVIII las clases superiores se dignan imitar superficialmente los aspectos exteriores de la cultura popular.

1.2. **Formas populares y formas aristocráticas de la cultura tradicional**

En la cultura tradicional de Occidente encontramos dos formas típicas de cultura popular: la cultura popular campesina y la cultura popular urbana.

La cultura popular campesina es el fruto típico de un hombre que vive en estrecho contacto con la madre naturaleza. Una madre que modela su vida al ritmo de los días y de las estaciones, que le impone una peculiar manera de vivir y de sentir. Esta cultura es tradicional en el más riguroso sentido del término. Se transmite por vía oral y se expresa en el cultivo amoroso de una lengua, en un folklore, en un arte ingénuo y primitivo, en una literatura lírica y narrativa, en un refranero que condensa la sabiduría del pueblo, en un conjunto de leyendas y relatos y sobre todo en un repertorio de costumbres que orienta la conducta humana individual y colectiva (4).

Un ejemplo de esta cultura popular campesina entre nosotros es el mester de juglaría.

---

(4) Folliet, Joseph. **El pueblo y la cultura.** Editorial popular. Madrid 1962, págs. 30-32. Importante para el estudio de la evolución de la cultura popular.

Al lado de esta cultura popular campesina, basada fundamentalmente en la tradición oral surge, sobre todo a partir del siglo XII cuando se inicia la gran revolución comunitaria, una cultura popular urbana. Una cultura eminentemente artesana que se prolonga incluso después de la revolución industrial. Aquí el gran pedagogo no es precisamente la naturaleza sino el oficio mismo del artesano. A través del oficio, del mester, este hombre, este artesano llega a forjarse una visión propia, particular del mundo. No es una cultura universitaria, pero sí una cultura realmente viva que le permite explicarse con los hombres y con las cosas. No olvidemos además que este hombre vive en la ciudad que es por definición un cruce de comunicaciones. Permanece pues abierto a una serie de contactos e influjos culturales que le vienen por diversos caminos. En el contacto cotidiano con hombres pertenecientes a otros estamentos sociales y también por la práctica del compañonaje que les obliga a viajar y a conocer nuevas ciudades.

Esta cultura popular urbana se ve seriamente amenazada por la Revolución industrial. Desaparece la piedad de la obra bien hecha de que nos habla Charles Peguy y el obrero se ve encadenado en la ejecución de una tarea parcelaria que lejos de educarle y ennoblecerle le degrada y embrutece.

Pero ya en la misma Edad Media occidental encontramos junto a estas formas típicamente populares otras formas de cultura ejercidas por la élite, la minoría, ese grupo restringido de personas que se reservan la práctica de los oficios o profesiones superiores. Puede fácilmente comprenderse que la cultura del señor no era la misma que la del siervo de la gleba. En muchos casos, tan analfabetos eran el uno como el otro. Pero ésto no obsta para que la vida del señor y las pautas que regían su conducta fuesen distintas de las del siervo. Con el feudalismo se inicia lo que pudiéramos llamar una cultura nobiliaria, un repertorio de fórmulas y convenciones sociales, una manera particular de enfrentarse con el mundo que todavía perdura en la ya decadente nobleza de nuestro tiempo. Esta cultura nobiliaria es eminentemente formal, no nos ofrece un contenido cultural determinado, es decir, un conjunto de saberes. Salvo en momentos muy concretos los llamados «renacimientos» en que se despierta el ansia de saber, esta nobleza permanece ajena a la preocupación erudita o científica. Su esfuerzo se centra en la consecución de un arte de vivir, de un estilo de vida integrado por lo que Ortega y Gasset llamaría ocupaciones felicitarias del hombre (5). Y entre esas ocupaciones descuella la caza como tarea primordial. Pero frente a esta cultura nobiliaria aparece, con los monasterios, una cultura clerical. (Clérigo significa entonces hombre culto). Cultura que recoge la tradición clásica y la conserva amorosamente. Cultura patrocinada por la Iglesia a través de los monasterios primero y de las escuelas catedralicias y universidades después. Cultura clerical que va a conocer su esplendor a partir del siglo XII cuando el desarrollo de las ciudades le ofrezca un marco más idóneo de expansión y cultivo.

El clérigo tiene conciencia de la peculiaridad de su mensaje. Recordemos aquellos famosos versos.

> Mester trago fermoso, non es de ioglaría
> mester es sin pecado, ca es de clerecía.

Pues bien, esa cultura clerical, vuelta hacia el estudio de las humanidades clásicas, esa cultura centrada en el estudio del latín como lengua de la Cristiandad, esa cultura del trivium y del quadrivium va a constituir la base de la cultura burguesa que enriquecida con algunas de las aportaciones científicas del Renacimiento va a pasar a nuestra Edad moderna, sistematizada y puesta a punto diríamos por el esfuerzo pedagógico de la Compañía de Jesús.

Los jesuitas crean un plan de estudios, una «ratio studiorum». La palabra **ratio** es sumamente significativa pues traduce las inclinaciones racionalistas de la época. El siglo XVII es el siglo de Descartes, el siglo de la racionalidad donde se admira a China a través de Confucio, el siglo en que, como Michel Fucault ha puesto de relieve, se

(5) Marcuse, Herbert· **Eros y civilización.** Seix Barral, Barcelona 1968.

empieza a encerrar a los locos. Esa «ratio» pone los cimientos de la cultura burguesa posterior, cultura esencialmente escrita, impresa, cultura cortada, separada del pueblo, excesivamente centrada en el estudio de una lengua muerta: el latín. Cultura conceptual, racionalista donde la retórica sigue jugando un importante papel. Cultura en fin esencialmente minoritaria que los jesuitas difunden a través de la red de sus magníficos colegios montados para los hijos de la nobleza y de la burguesía. No deja de ser simbólico que Descartes, el padre del racionalismo moderno, fuera precisamente alumno de los jesuitas.

Esta cultura esencialmente humanística va a conocer a lo largo de la Edad Moderna y de nuestra Edad Contemporánea sucesivos impactos. El impacto científico, el etnológico y el de las lenguas vivas. Pero estas sucesivas aportaciones se van a insertar en el cuerpo cultural como elementos extraños superpuestos y no como activos componentes de una síntesis. La **Enciclopedia** es lo contrario de la **suma** y nuestra cultura burguesa, la que hemos heredado es esencialmente eso, una cultura enciclopédica que atiborra nuestros cerebros, pero que no nos eleva y salva en cuanto hombres.

1.3. Características de la cultura tradicional en su versión burguesa

La cultura tradicional en nuestro tiempo sigue siendo una cultura esencialmente **minoritaria** privilegio de una élite que la monopoliza. Y ello a pesar del enorme progreso experimentado en este dominio. El grado de monopolio depende sin duda de la situación concreta de cada país. Pero no es menos cierto que este monopolio existe. Sobre todo si se tiene en cuenta que lo que se sirve al pueblo con el nombre de cultura es muchas veces subproducto adulterado por añadidura de los grandes valores culturales creados por Occidente. Con ésto tranquilizan su conciencia los privilegiados, los ahitos que creen así haber cumplido sus deberes de distribución. El sistema educativo por añadidura contribuye al fenómeno de la reproducción del grupo dominante y a la estabilización de un injusto sistema de estratificación social.

La cultura tradicional es también una cultura esencialmente **individualista,** dirigida al perfeccionamiento exclusivo de la persona individual y todo ello en una peligrosa atmósfera de competición y emulación contínuas donde los individuos se abren paso a codazos, caiga quien caiga, sin considerar la convivencia como un hecho fundamental de la existencia humana. Cultura de ególatras que no sabe nada de la idea de servicio ni del oscuro anonimato. Cultura propicia a todos los excesos de la vanidad. Cultura de Academias y de juegos florales, de oposiciones y de concursos. Cultura de superdotados que olvida el cultivo de los valores medios, cultura de fachada y apariencia que a pesar de su individualismo no sabe reconocer el genio cuando éste aparece en el ámbito de la vida nacional y que sin embargo lo cubre de honores una vez muerto. Cultura de una élite separada de la comunidad, de la masa del pueblo, hablando un lenguaje esotérico que el pueblo no oye y si lo oye no lo entiende.

La cultura tradicional en su versión burguesa es una cultura **abstracta,** separada de la vida; cultura racionalista, idealista, eminentemente deductiva. Una cultura que ha perdido el contacto vivificante con lo real, Cultura que ha mirado con horror y lo sigue mirando todavía el trabajo manual. No es la cultura del hombre que trabaja con su cerebro y piensa con sus manos. Es la cultura de los grandes principios y de las grandes palabras como universales sonoros y rimbombantes que exigen incluso el sacrificio de las vidas. Es la cultura de los especialistas en ideas generales. Cultura que ha asesinado en razón de su abstracción y alejamiento de lo real ese sentimiento maravilloso que es la ternura y lo ha sustituido por la sensiblería burguesa del besuqueo y del convencionalismo.

Cultura también **utilitaria.** Marcuse en su libro **Eros y Civilización** (6), ha podido decir que la cultura occidental está demasiado orientada y dirigida por lo que él llama la ley del rendimiento. Nuestra cultura busca enseguida los tres pies al gato. No concibe

(6) Kerr, Walter: **El rechazo del placer.** Sagitario, Barcelona 1964.

la actitud desinteresada. El hombre occidental a pesar de su hedonismo rechaza muchas veces el legítimo placer y cuando no trabaja, cuando no rinde en el sentido estrechamente utilitario del término, adquiere enseguida un evidente complejo de culpabilidad. Es la cultura del hombre aburrido que, como señala Walter Kerr en su libro **El rechazo del placer** (7) rechaza el placer cuando éste no es la contrapartida de un esfuerzo utilitario. Cultura por tanto donde la estética no es valorada suficientemente y donde el hombre no ha aprendido todavía ese arte importantísimo que es el arte de vivir.

Nuestra cultura es además una cultura **compartimentada y dicotómica.** Compartimentada porque no favorece la libre comunicación de los valores culturales propios de cada función social o de cada grupo social. Dicotómica porque tiende a rígidas clasificaciones dualistas en virtud de conceptos arbitrarios. Gusta de contraponer lo clásico a lo barroco, lo apolíneo a lo dionisíaco, la izquierda a la derecha, Oriente a Occidente, las profesiones propias del sexo masculino a las profesiones rígidamente determinadas de la mujer. Y cuando la superación es intentada, ésta se realiza por la vía del término medio que recorta las verdades que pueda haber en cada extremo y no por la única vía fecunda de los términos altos, de la armonía auténtica.

Cultura **particularista.** Seguimos creyendo que Occidente es el ombligo del mundo y que la Historia universal coincide exactamente con la Historia de Occidente. Incluso dentro de nuestras propias fronteras alzamos las capillas nacionales ignorando la Historia del vecino, cuando no despreciándola. Y cuando hemos intentado llevar nuestra religión a otros países la hemos presentado occidentalizada, no como culminación y complemento de otros mundos religiosos sino como negación de los valores auténticos que en esos mundos pudieran esconderse. Hemos sido universales en cuanto nos hemos esforzado por difundir nuestros valores y nuestra visión del mundo pero no en cuanto hemos buscado asimilar con profundidad los valores ajenos a nuestro peculiar sentir.

Cultura en fin **represiva** y **autoritaria** como expresión ideológica de la clase dominante. En la sociedad-espectáculo creada por el capitalismo como sistema económico que es de la cultura burguesa total, el principio de la productividad cuantitativa pretende dirigir y de hecho dirige el esfuerzo cultural creador, producto de la superestructura, que en vez de orientarse hacia la satisfacción de necesidades cualitativamente diferentes que permitan la realización plenaria del hombre en cuanto **sujeto,** como ser genérico y concreto, tiende a convertirse en ideología justificadora del sistema y en eficaz instrumento represivo tanto a nivel de conciencia interna como de instancia institucionalizada a través de una totalización autoritaria de los controles.

1.4. La crisis de la cultura tradicional. Factores y consecuencias

Pues bien, esa cultura tradicional se encuentra en crisis. Tanto en sus formas populares como en sus formas aristocráticas. Podríamos decir que esas formas populares ya no existen. Prácticamente han desaparecido o se encuentran en vías de extinción. Hoy difícilmente podría hablarse en Occidente de una cultura popular campesina. La Escuela primaria tanto pública como privada, se ha encargado de asesinar a fuego lento el saber tradicional del hombre campesino. Un hombre que además se ha visto en razón del progreso técnico contemporáneo arrancado brutalmente de su marco local e inserto en una realidad urbana completamente extraña para él.

Esa nueva realidad urbana tampoco ha podido proporcionarle los elementos esenciales de una auténtica promoción cultural a través del nuevo oficio asumido. En la mayoría de los casos el trabajador se ha visto adscrito a una tarea parcelaria que ha tenido que ejecutar a un ritmo monótono y fatigoso, sin conciencia de la obra común emprendida. Sólo muy lentamente a través de la praxis sindical y política ha ido surgiendo gracias a los valores propios de una lucha de clases cotidiana, una cultura obrera y proletaria con características específicas capaces de alimentar la nueva cultura popular del futuro.

(7) Eco, Umberto: **Apocalípticos e integrados.** Editorial Lumen. Barcelona 1968.

2. LA NUEVA CULTURA POPULAR

2.1. Cultura popular y cultura de masas

La nueva cultura popular unida en sus orígenes a la aparición del proletariado como clase emergente dominada, esencialmente urbana en sus aspiraciones y fruto de nuestras sociedades industriales tiene características propias que la distinguen netamente tanto de las formas populares de cultura heredadas del pasado como de la cultura burguesa imperante en nuestros días heredera de la cultura clerical del Medievo.

Así mismo, la nueva cultura popular del mundo del trabajo no se identifica ni tiene por qué identificarse o reconocerse en la confusa cultura de masas, vehiculadora de esquemas mentales burgueses y de hecho manipulada y mercantilizada por el sistema oficial vigente.

Sin embargo hay que reconocer que en la actual cultura de masas se dan también los gérmenes de la cultura nueva pues los medios de comunicación social o mass-media forman parte de esa cultura nueva o electrónica al decir de Mac-Luhan. Más allá de los contenidos vehiculados los medios de comunicación de masas constituyen por sí mismos un mensaje, un planteamiento nuevo de las relaciones sociales.

2.2. La crítica de la cultura de masas

Umberto Eco en su célebre libro **Apocalípticos e integrados** (7) nos habla de las distintas posturas que ante la cultura de masas cabe adoptar. Los apocalípticos se cierran en banda contra ella acusándola de ser una cultura manipulada y manejada por el sistema. Los medios de comunicación social son rechazados como vehículos portadores de cultura. No obstante yo distinguiría entre los apocalípticos progresistas y los reaccionarios. Los primeros rechazan la cultura de masas por ser cultura manipulada no por ser cultura colectiva, extendida a amplias capas de la población. Son esencialmente pesimistas y no admiten la posibilidad de un rescate de los medios de comunicación social al servicio del pueblo dentro de las actuales estructuras. Marcuse mismo podría ser situado dentro de esta perspectiva (8). Los apocalípticos reaccionarios rechazan la cultura de masas precisamente por ser una cultura de masas, porque imbuidos de una mentalidad elitista comprenden difícilmente que la cultura auténtica pueda ser de todos y para todos. Para ellos el mensaje cultural se degrada en razón de su propia extensión y difusión. Adorno, de la Escuela de Frankfurt, podría ser incluido en la lista de estos teóricos reaccionarios. Finalmente tenemos los integrados para quiénes la cultura popular es sinónimo de popularización de la cultura y que por tanto sólo ven en los medios de comunicación social instrumentos magníficos de promoción social y cultural.

Cabe la posibilidad de una postura más matizada e intermedia entre estas actitudes antagónicas. Una utilización racional de los medios de comunicación social es perfectamente posible en teoría e incluso a pesar de la mercantilización del sistema existe la posibilidad de algunos logros. No todo ha de ser manipulación en los contenidos. Y además por sí mismos como ya hemos dicho los medios de comunicación social crean o pueden crear actitudes y mentalidades nuevas desde el punto de vista cultural. Por otra parte no son ciertas las críticas de los reaccionarios. El consumo masivo de los mass-media no prejuzga nada sobre la calidad del contenido. La difusión masiva de un mensaje a diferencia de lo que ocurre en la producción estandarizada no tiene por qué dañar a la calidad del mensaje que se quiere transmitir. La postura ingénua de los integrados también es criticable. Aunque de hecho los medios de comunicación social consiguen una popularización de la cultura no siempre esta popularización lleva a la consecución de una verdadera cultura popular.

En todo caso los medios de comunicación de masas, factores decisivos de la llama-

(8) Marcuse, H.: **Etica de la Revolución.** Cultura y Sociedad. Buenos Aires 1968. Taurus, Madrid 1970. Ver págs. 157-180.

da cultura de masas pueden ponerse a través de una lucha militante al servicio del pueblo.

La escuela tradicional —desde sus grados más elementales hasta los superiores— y la escuela paralela formada por los medios de comunicación social (cine, radio, televisión, disco, cartel, prensa, comics, teatro..., etc.), constituyen los dos grandes cauces institucionales a través de los cuáles puede impartirse una educación nueva basada en una nueva pedagogía. La cultura de mosaico que los medios de comunicación social engendran y la cultura programada que transmiten las instituciones educativas tradicionales, pueden integrarse dentro del panorama pedagógico de la nueva cultura popular.

2.3. **Condiciones de una verdadera cultura popular**

Importa mucho deshacer peligrosas ilusiones. Algunos creen que la cultura popular consiste en la simple popularización de la cultura, en una extensión cuantitativa de sus contenidos esenciales. Se darían por satisfechos si el pueblo llegara a leer a Dostoievsky o supiera comprender la novena sinfonía. Esto es sin duda importante, pero la cultura popular no radica esencialmente en eso. La cultura popular supone como **conditio sine qua non** la autogestión cultural, es decir, un sistema en que el pueblo aparece como el agente creador de su propia cultura, capaz por tanto de forjarse su propio estilo vital su propio proyecto de vida en común. En la cultura popular el pueblo no se limita a imitar y a difundir los patrones culturales que la minoría ociosa le dicta. En la cultura popular el pueblo forja su propio destino. Existen minorías creadoras sin duda, pero estas minorías no aparecen separadas del pueblo, son el pueblo mismo potenciado en sus cualidades excelsas. Y como estas minorías han surgido del pueblo y se mantienen en contacto con él, por ello mismo son capaces de dialogar con él y de comprender sus más íntimas aspiraciones. El pueblo en este caso no sólo crea su propia cultura, sino que además la controla. Tiene en sus manos las riendas del proceso educativo. Se siente responsable de su propia promoción cultural.

Esta cultura popular así entendida no va contra la cultura humana. No intenta destruir el patrimonio de valores comunes que la humanidad ha ido forjando a lo largo de la Historia. Lo que intenta precisamente es salvarlo, legarlo a las generaciones posteriores potenciado y enriquecido. Como los antiguos monjes, el pueblo siente ahora la conciencia de su misión cultural. Se sabe depositario de un saber que a todos pertenece, de una riqueza que hay que comunicar. La cultura popular es pues, cultura humana, cultura universal, pero que, precisamente por serlo no excluye la posibilidad de diversas humanidades culturales. Dentro de la cultura popular tienen cabida los matices culturales más diversos basados en las lógicas diferencias accidentales que distinguen a los hombres. La raza, el lenguaje, la geografía, la profesión..., etc., pueden originar modalidades culturales que, despojadas de su exclusivismo sectario contribuirán al esplendor de esa cultura popular asentada en última instancia sobre valores radicales comunes.

La nueva cultura popular no puede ni debe ser otra cosa que la realización plenaria de la democracia cultural. Pero la democracia cultural implica tres tipos de participación.

a) **La participación en los resultados**

Participar en los resultados de una cultura dada o en trance de formarse supone el primer paso de una auténtica democracia cultural.

La participación en los resultados lleva consigo por parte de los ciudadanos el acceso a los bienes de la cultura, pero un acceso real no teórico, lo cual implica no solamente que los bienes culturales existen sino que el ciudadano puede llegar fácilmente a ellos y que por tanto no se dan obstáculos de orden institucional o de otro género que impidan este real disfrute. Y este acceso a los bienes culturales supone que los ciudadanos participan también en aquellos bienes que son manifestación de un determinado estilo de vida propio de la colectividad. Y ello no sólo porque la cultura en su amplio sentido, como estilo vital abarca todas las manifestaciones del hombre, sino

porque la justa participación en los bienes sociales, políticos y económicos, condiciona estrechamente la real participación en los bienes culturales. O dicho de otra manera: la democracia cultural es solidaria e inseparable de la democracia política y económica que en su realización plenaria implica junto a la disolución del Estado la abolición total de las clases sociales.

La participación en los resultados de la cultura dada o en trance de formarse, supone por tanto el partir de las conquistas culturales recibidas, no su sistemática destrucción, pues de la misma manera que el sistema intenta recuperar las nuevas aportaciones contraculturales, una política cultural inteligente puede rescatar y recuperar para el pueblo —y ésto ya desde la base—, todo lo que merezca ser rescatado, recuperado e integrado a fin de que el pasado científico, cultural y artístico pueda —debidamente molido— contribuir a la harina del pan futuro.

b) **La participación en la génesis del proceso cultural**

No basta la simple participación en los productos culturales para conseguir la verdadera democracia cultural.

Una cultura popular no alienante debe ser una cultura en la que sobre la base de una democracia social, política y económica integralmente conseguida se hace posible que los valores y las creaciones populares-sofocados en el pasado por la cultura oficial dominante, puedan convertirse en patrones culturales modeladores de la vida comunitaria entera.

No se trata de una cultura para el pueblo pero sin el pueblo, sino de una cultura hecha por el pueblo y para el pueblo. Una cultura en la que supuestos ciertos condicionamientos idóneos los valores populares pueden por fin encontrar amplio horizonte para la plena expansión de sus virtualidades. Entonces lo que del pueblo nace puede no obstante su origen local convertirse en obra universalmente valedera. La tonadilla popular puede desembocar en sinfonía, la representación ingénua en teatro de vanguardia, la artesanía en obra artística perdurable.

Lo importante no es que el pueblo pueda leer a Kafka o entender a Bethoven. Lo realmente decisivo es que los Kafka y los Bethoven del futuro surjan del pueblo y que al surgir del pueblo expresen en consecuencia en sus creaciones las necesidades y aspiraciones de ese mismo pueblo que los ha hecho nacer.

No se trata por tanto tan sólo de rescatar para museos o manifestaciones estereotipadas las grandes creaciones populares del pasado. Debemos crear un folklore vivo tendido hacia el futuro, surgido cotidianamente de la entraña creadora de nuestro pueblo.

Esta participación creadora del pueblo lleva consigo aparejada la autogestión cultural y esta autogestión cultural implica necesariamente la exclusión de todo paternalismo cultural venga de donde viniere. La participación creadora del pueblo niega todo mimetismo de formas culturales creadas o impuestas por la clase o grupo dominante.

Una cultura popular desalienada cree en el poder creador del pueblo, en su capacidad innata para elevarse por sí mismo a formas superiores de entendimiento y comunicación.

Una cultura popular desalienada cree en el poder transformador de la cultura, en su empuje liberador sobre los mecanismos intraestructurales a fin de que éstos, liberados de los condicionamientos impuestos por el modo de producción capitalista puedan ponerse totalmente al servicio de una cultura liberada no regida ya por el principio de la producción cuantitativa, de una cultura creadora y directora de la Historia que permita al hombre pasar verdaderamente del reino de la necesidad al reino de la libertad.

c) **Participación autogestionada en los organismos planificadores y gestores de las instituciones educativas y culturales**

La participación en el proceso creador de la cultura ha de ir acompañada del mecanismo institucional idóneo que haga efectiva la auténtica participación cultural.

El pueblo ha de estar presente con protagonismo activo en la elaboración de los planes culturales y en la gestión y administración de las instituciones culturales y educativas.

La autogestión cultural es un proceso dinámico creativo a través del cual la cultura autogestionada se va haciendo posible en la misma medida y con la misma intensidad en que la autogestión se extiende y afirma en todos los niveles.

2.4. Características de la nueva cultura popular

Intentaremos aquí caracterizar a la nueva cultura que viene. No se nos oculta cuanto de arbitrario puede encerrar esta caracterización. Expresamos un ideal de cultura, algo que puede y debe ser. Pero esta caracterización tiene en cuenta también la sicología popular que ha de servir a su edificación y los datos sociológicos del futuro que han de condicionar su surgimiento.

La cultura popular del futuro será una cultura **colectiva,** no minoritaria y elitista como la cultura burguesa. Colectiva porque esta cultura nueva debido a la explosión demográfica tendrá que ser también una cultura de **masas y para las masas.** En consecuencia, la nueva cultura popular crearía condiciones de existencia y desarrollo para el mayor número posible. Colectiva como corresponde a un mundo en vías de socialización caracterizado por el incremento progresivo de las relaciones humanas entre los individuos y los grupos.

Comunitaria. No individualista como la cultura tradicional. Comunitaria por que se basaría en el desarrollo de comunidades libres intermedias entre el individuo y el Estado. Comunitaria por su espíritu de ayuda mutua, de cooperación, de servicio. Cultura de comunión vital y entrañable que apuntaría a una humanidad solidaria y fraternal. Cultura popular comunitaria por su raíz y su contenido en la que las distintas esferas del saber comunicarían fácilmente dando por resultado un pensamiento integrado y un saber integral. Comunitaria también por su metodología, basada en el diálogo, en la puesta en común de valores y vivencias. Comunitaria por su sistema económico-social basado en el principio de la comunicación de bienes y en la socialización de los medios productivos al servicio de las comunidades.

Concreta. No abstracta como la cultura tradicional burguesa basada en el triunfo de la razón pura, en la concepción matemática del universo. Cultura en íntimo contacto con las realidades vitales de cada día y de cada hora. Cultura de la vida cotidiana. Cultura no racionalista. Cultura inductiva que llevaría al hombre de los hechos a las ideas y de las ideas a los actos. Cultura de la praxis creadora. Cultura del amor y del misterio.

Desinteresada. Cultura no dominada por la ley del rendimiento, por la obsesión del máximo lucro. No utilitarista como la cultura tradicional. Cultura altruista no regida por la ley de la oferta y de la demanda, sino por la interna ley del amor que todo lo prodiga. Cultura por tanto estética donde los hombres aprenderán por fin el arte de vivir, el arte de hacer agradable la existencia a sí mismos y a sus semejantes. Cultura del bien ser, con necesidades cualitativamente diferentes a las actuales y por tanto no cultura del simple y puro bienestar.

Pluralista. Porque frente a los fáciles dualismos de la cultura tradicional, cultura en blanco y negro, los hombres encontrarán por fin el brillo multicolor de las distintas vías o caminos según las exigencias de la propia vocación. Cultura por pluralista esencialmente compleja e interdependiente ofreciendo gracias a una activa movilidad de valores culturales la posibilidad de nuevas y enriquecedoras síntesis.

Universal. Cultura no particularista. Universal como corresponde a un mundo en vías

de planetización. Cultura integradora de los valores de Oriente y Occidente. Cultura de un mundo único con problemas idénticos y diversos a la vez. Cultura de una humanidad que centrándose cada vez más sobre sí misma aspira a encontrar el cálido acento de un lenguaje común.

Liberadora. No represiva. Cultura órfica donde los valores informales y formales lleguen por fin a identificarse haciendo posible la espontaneidad creadora en todos los aspectos. Cultura que combata incesantemente todas las alienaciones, todas las servidumbres, todos los efectos de dominación.

Y por tanto Cultura **autogestionada.** Cultura basada en la autonomía y en el control de las bases populares. Cultura de circuitos creadores. Cultura no vertical. Cultura con equilibrio de funciones sabiamente jerarquizadas pero no con jerarquía de dominio sino de función. Cultura donde la plusvalía informacional, cultural, es ampliamente repartida por todo el organismo social de modo tal que el control se hace posible a todos los niveles sin secuelas de dominación, sin corto-circuitos de la libre circulación creadora.

3. DINAMICA Y TECNICAS DE LA CULTURA POPULAR

3.1. Cultura popular, educación básica, educación de adultos, educación permanente

La cultura popular tal y como la venimos entendiendo no se identifica con otras formas de educación popular que pueden sin embargo ser puestas a su servicio.

La **educación popular** puede admitir diversas matizaciones según los países. En cualquier caso, en los intentos realizados, resalta la idea de una educación servida al pueblo con miras a su promoción socio-cultural, que para no caer en la deformación paternalista de una simple extensión cultural dada desde arriba, necesita aceptar la idea del pueblo como agente creador de su propio desarrollo. En un sentido más restringido, la educación popular aparece como un conjunto de técnicas preferentemente gubernamentales, dirigidas a la elevación cultural del pueblo desde órganos específicamente estatales que se responsabilizan de esta tarea.

La **educación de adultos** reviste un carácter marcadamente técnico. Para servir los ideales de la cultura popular debe dejar de lado todo intento paternalista y orientarse no hacia la mecánica transmisión de saberes, que pudieron y debieron ser impartidos en la escuela primaria, sino hacia la formación de hombres libres y responsables que necesitan vivir y orientarse en un medio concreto, con problemas específicos y a través de una convivencia que debe constituir para ellos su principal medio de autopromoción. No se trata de suministrar una enseñanza circum-escolar o post-escolar, sino de desarrollar a través de una metodología adecuada a la mentalidad adulta, la mente y el espíritu de hombres que carecieron en su día de medios necesarios para su perfeccionamiento personal y que tienen que enfrentarse con los problemas cotidianos de su realidad circundante.

La llamada **educación básica o fundamental** puede coincidir en muchos casos con la educación de adultos y se inscribe desde luego en una línea de educación popular rectamente entendida. La educación fundamental aún dirigida a adultos, tiene a veces que verse en la necesidad de suministrar conocimientos típicamente escolares, ya que en este caso no se trata sólo de formar hombres libres y responsables integrados en su medio, sino de suministrar un bagaje mínimo de conocimientos que puedan constituir un punto de partida para ulteriores perfeccionamientos. La alfabetización entendida en su sentido amplio tal como la UNESCO la entiende, incluso la propia formación profesional, forman parte desde luego, de esta enseñanza básica o fundamental que tiene un amplio campo en países escasamente desarrollados, donde hay que poner en práctica una política de misión educativa.

En todo caso, la educación no termina con la escuela. La educación es algo contínuo, un proceso permanente de aprendizaje y adaptación a las nuevas realidades. Tanto por

parte del alumno como por parte del maestro. Hay que aprender en todo momento sin descanso, sin tregua, en un esfuerzo ininterrumpido de adaptación a las nuevas circunstancias y exigencias que la aceleración histórica forzosamente nos impone. Un hombre tendrá en consecuencia que realizar en su vida varias reconversiones no sólo profesionales, sino incluso sicológicas. Sólo una educación así entendida puede servir para una cultura popular creadora, que, rompiendo con los determinismos heredados del pasado ensanche progresivamente el espacio de la libertad humana.

3.2. **Condiciones para el desarrollo de la cultura popular**

El desarrollo de la cultura popular exige condiciones específicas que vamos a examinar ahora. La principal condición es la creación y desarrollo de un clima de libertad que favorezca el asociacionismo de base y la puesta en marcha de un **movimiento de cultura popular,** pues sin movimiento de cultura popular ésta no puede surgir ni afianzarse como tal. Movimiento de cultura popular y cultura popular son conceptos indisolublemente unidos. Naturalmente no basta con ésto. Hace falta una animación socio-cultural específica basada en unos principios pedagógicos propios con unas técnicas adecuadas, todo ello dentro del marco de una política cultural ambiciosa dirigida y orientada hacia la promoción cultural del pueblo.

3.3. **Problemática de la animación socio-cultural**

La animación socio-cultural presenta una problemática específica centrada en torno a la figura del animador cuyas características serían las siguientes:

— no es un maestro.
— no es un dirigente local.
— es un hombre del pueblo.
— vocacionado para la promoción cultural del pueblo.
— que completa su formación a través del marco institucional de la cultura popular.

O dicho de otro modo, difícilmente podrían darse un desarrollo de la cultura popular sin la presencia de animadores, ya sean permanentes o benévolos, capaces de suscitar corrientes creadoras de acción colectiva en el seno de la comunidad, capaces de inyectar vida real en los marcos materiales que una política de equipamientos colectivos pueda crear.

No es cosa de entrar aquí en un estudio pormenorizado de la problemática inherente a la animación cultural, problemática importantísima, ya que la creación de estos animadores culturales, no dictadores culturales, a todos los niveles, debe constituir el primer objetivo de una verdadera política de cultura popular. Se trata de un equipamiento humano sin el cual no tendría sentido el equipamiento cultural de tipo material que pudiera llevarse a cabo.

Esta política de animación cultural supone el recto conocimiento de una tipología de animadores, su adecuada promoción, formación y utilización. Supone contestar a las siguientes preguntas: ¿Cómo y por quién son designados y promovidos los animadores? ¿Cómo y por quién son controlados? ¿Cómo y por quién son eventualmente o permanentemente remunerados? ¿Cómo y través de quién se asegura y determina la formación que necesitan?

La selección en todo caso debe ser hecha teniendo en cuenta un ideal mínimo de las condiciones que debe reunir el monitor. Tales condiciones pueden en una primera etapa ser descubiertas intuitivamente a través de contactos humanos. En una segunda fase habría que confirmarlas mediante pruebas sicotécnicas que podrían realizarse entre los candidatos. El ideal sería que estos candidatos fuesen proclamados por mayoría de

votos por los propios miembros del centro social o por la propia asamblea de vecinos. Pero ésto supone ya el funcionamiento de una cierta autogestión cultural y social, difícil de conseguir en los primeros momentos, cuando se trata precisamente de despertar al pueblo de su apatía y de lanzarle a una tarea verdaderamente comunitaria.

Las condiciones del animador podrían ser las siguientes:

Cualidades personales:

a) Ser miembro del grupo cultural y hallarse culturalmente integrado en el mismo.
b) Con un nivel cultural que no supere excesivamente el nivel medio del mismo.
c) Es indispensable por ello que el animador se exprese en los términos que sean en cada caso los más usuales.
d) El animador debe estar familiarizado con las características económicas y profesionales que sean preponderantes en el grupo y con su problemática general.
e) Debe estar también familiarizado con los usos y costumbres de la localidad.

Rasgos sicológicos:

a) Al menos de inteligencia media.
b) Extrovertido, no tímido, con ligera tendencia hipomaníaca bien controlada.
c) Agudeza para la comprensión de los demás.
d) Ingenioso, con sentido del humor y recursos para salvar situaciones embarazosas.
e) No autoritario ni absorbente con capacidad para estimular la participación.
f) No agresivo (irónico, mordaz, caústico..., etc.), ni suspicaz ni hipercrítico. Exento de tendencias paranoides.
g) Dinamismo, vitalidad y alegría del vivir.
h) Un juicio seguro de las personas y de sus circunstancias.
i) Una simpatía llena de tolerancia y una comprensión profunda de las personas a las que se dirige.
j) La voluntad y la aptitud necesaria para preparar y llevar a cabo un trabajo de modo sistemático.
k) Como todo buen educador debe poseer dotes de expresión.

La selección final entre los candidatos puede hacerse a través de cursillos de formación o a través de estudios que puedan llevar a la consecución de un diploma. Todo ello a ser posible dentro de un marco pluralista descentralizado con la colaboración y ayuda del Estado, de los organismos regionales, de las entidades locales y de todo tipo de asociaciones (partidos políticos, confesiones religiosas, asociaciones de vecinos, etc.).

Al lado del animador líder, cabe también la posibilidad de que existan animadores técnicos y especializados.

3.4. Principios pedagógicos de la cultura popular

a) La educación del pueblo por el pueblo

Ya lo hemos dicho antes, en la cultura popular el pueblo es el agente creador de su propia cultura. El pueblo además controla el proceso educativo. Hay países como Suiza donde ésto es una auténtica realidad. En las Juntas de Enseñanza rara vez participan los maestros o los funcionarios de la administración. Pero al hablar de educación del pueblo por el pueblo como criterio pedagógico, nosotros queremos ir más allá. Quiero decir que hay que resucitar el viejo ideal pedagógico de los griegos que exigía un estrecho contacto entre el maestro y el discípulo, aquella comunicación sincera y cordial en que el maestro venía a ser un «primus inter pares», una ocasión de aprendi-

zaje, un instrumento eficaz para sacar a luz lo que de algún modo se encontraba ya en la entraña del discípulo. El discípulo adoptaba una actitud activa incluso con sus resistencias. Se llegaba al descubrimiento de la verdad a través de un proceso dialéctico en que cada uno aportaba su granito de arena. Se hacía funcionar en definitiva la máquina del pensamiento. Hoy necesitaríamos algo parecido. El ideal límite de una auténtica pedagogía popular vendría dado por una clase donde al espectador le costase trabajo distinguir al profesor de los alumnos. La nueva pedagogía exige un intenso aprovechamiento de lo que pudiéramos llamar desniveles de instrucción. Aquél que sabe algo más que su compañero o amigo debe comunicarlo sin reticencias, debe a su vez convertirse en maestro de los demás. Así podríamos llegar al magisterio comunitario. Transcribo las maravillosas palabras de Eric Fromm: «¿De qué sirve no tener casi analfabetos, tener la educación superior más amplia que haya existido en cualquier tiempo, si no tenemos una expresión colectiva de la totalidad de nuestras personalidades, ni un arte, ni un ritual comunes? Indudablemente una aldea relativamente primitiva en la que todavía hay verdaderas fiestas, expresiones artísticas comunes compartidas y en que nadie sabe leer, está más adelantada culturalmente y más sana mentalmente que nuestra cultura de enseñanza pública, de lectura de periódicos y de escuchar la radio» (9).

El cuerpo social se vería atravesado por una honda corriente de vida. Cada uno se sentiría responsable de la formación de su prójimo. La enseñanza perdería de este modo su carácter paternalista y autoritario y se convertiría en una magnífica ocasión para el servicio de amistad.

b) La colaboración con los especialistas

Esta colaboración se impone de modo ineludible en un mundo como el nuestro en que el progreso científico y técnico nos ha llevado a una estrecha especialización de saberes. La cultura popular no puede ser tampoco una cultura de ideas generales, de principios abstractos. Sin despreciar en modo alguno la especulación metafísica y teológica, antes concediéndole la primacía que se merecen, la cultura popular por su carácter inductivo abraza generosamente el ancho campo de las ciencias particulares. Estos saberes parciales no pueden ser monopolio de una minoría, de una casta de sabios o científicos. Han de comunicarse al pueblo por diversos conductos. El sabio, el científico, es un pionero, un hombre a quien el pueblo ha confiado esa difícil misión de vanguardia, de exploración y conquista. Pero el sabio no puede encerrarse en su torre de marfil, en el estrecho círculo de sus colegas. Tiene la sagrada obligación de volver al pueblo para comunicarle sus descubrimientos, para sentirse alentado en su tarea por el clamor popular de un pueblo que comparte su inquietud. El sabio tiene que hablar el lenguaje del pueblo. Debe comunicar al pueblo su saber a través de una inteligente y adecuada vulgarización. Por ellos se impone la colaboración con los especialistas. Unica manera de que prenda en el pueblo una auténtica mística de progreso científico y técnico que destierre la peligrosa mística de la guerra que tantos daños ha ocasionado a la humanidad. El especialista, por alto que sea su saber, debe sentirse honrado cuando se le solicita para una tarea de vulgarización. Nadie mejor que él puede hacerla debido a la suma de sus conocimientos. El puede llegar fácilmente a la síntesis, a la quinta esencia del mensaje que se ha de transmitir. Pues no se trata de darle al pueblo una cultura barata y rebajada, un saber mutilado y adulterado en su íntima esencia, sino un saber exprimido, concentrado, un saber nuclear que le permita orientarse en el mundo en que vive, que le permita desenvolverse como ser libre y responsable.

c) Educación vital e inductiva

Se trata de educar al hombre, ya lo hemos dicho, partiendo de las realidades inmediatas. Porque la cultura consiste precisamente en eso, en trazar desde lo inmediato,

(9) Fromm, Eric: **Sicoanálisis de la sociedad contemporánea.** pág. 287. Fondo de Cultura Económica, Méjico 1967.

contingente y circunstancial, sucesivos círculos concéntricos, que nos religuen armónicamente con el resto del mundo, con el orden total y maravilloso del universo. El hombre de Occidente, excesivamente racionalizado, ha perdido el contacto con la realidad. Se ha enamorado demasiado de las ideas y de los conceptos. Hay que devolverle el sabor de las humildes y sencillas realidades. Hay que sumergirle en lo concreto. Educación por tanto vital para la vida, en estrecho contacto con la vida, que comenzando en la atenta observación de lo inmediato, tras maduro juicio desemboque en la acción. Educación despojada de su hojarasca memorística. Educación analítica y sintética a la vez, en que se forme al hombre en su totalidad como cuerpo y como espíritu, como hombre que, viviendo en un mundo dado, necesita también conocer ciertos saberes prácticos como pueden ser la natación, el baile o la conducción de un coche o el expresarse correctamente en público. Educación en íntimo contacto con la naturaleza, el mejor de los museos existente. En contacto también con la maravilla del progreso técnico que elimine de una vez por todas, todos los absurdos complejos del hombre frente a lo artificial. Educación abierta a la sorpresa, al asombro que evite el cansancio y el hastío, que haga de cada lección algo único e incomparable. Educación que por vital se desarrolle armónicamente no como un conjunto de saberes yuxtapuestos, sino con la lozanía del ser vivo que crece orgánicamente nutriéndose de su entorno.

3.5. Técnicas de cultura popular

Dentro de las técnicas de cultura popular debemos distinguir entre las **técnicas de transmisión de contenidos culturales específicos** y las **técnicas generales de transmisión de la cultura popular.** Dentro de las técnicas de contenido convendría distinguir los siguientes sectores:

a) Sector cultural: Religión, Arte (música especialmente), Historia y Geografía, Ciencias naturales, Progreso técnico, Higiene, Educación física, Medicina preventiva, Conocimientos prácticos (arte culinario, cuidado de la casa, baile, conducir, etc.), etc.

b) Sector socio-económico: Iniciación a la economía, Cooperativismo, Legislación laboral, Técnicas de tramitación, etc.

c) Sector político: Idea fundamental: transmitir una imagen adecuada de la organización comunitaria (Organización de la esfera política a escala nacional y local: Leyes fundamentales (Constitución), formas de gobierno y administración. Organos de gobiernos y administración, etc. Documentación adecuada sobre la política y organización internacional. En una palabra, se trata de iniciar cívicamente al ciudadano haciéndole tomar conciencia de sus derechos y deberes y de la constitución política y administrativa del país y del mundo en que ha nacido.

En cuanto a las **técnicas de transmisión de la cultura popular** ofrecemos el siguiente inventario:

a) **Técnicas pedagógicas:** Técnicas de entrenamiento mental y de trabajo en grupo, Técnicas de diálogo, Técnicas de estudios de casos, Role playing, contactos, toma de palabra, Conferencia, clase, debate, foro, panel, mesa redonda, simposio, coloquio, sociodrama, coros hablados, círculos de estudios, cursillo, viajes, tomas de notas, clasificación de documentos, etc.

b) **Técnicas sicológicas:** (Nociones teóricas y prácticas: Dinámica de grupos, tests, etcétera).

c) **Técnicas de animación:** (Exposiciones, teatro, disco-forum, club de lectura, cine-forum, prensa, periódico mural, sello, tarjeta postal, diapositivas, turismo social, etc.).

d) **Técnicas de televisión:** (Nociones teóricas y utilización cultural de sus contenidos).

e) **Técnicas sociológicas:** (Encuestas, sondeos, entrevistas, observación vivida, etc.).

f) **Técnicas de documentación:** (Montaje adecuado del material documental).

g) **Técnicas de imagen:** (Estudio práctico del instrumental de la imagen visual estática y dinámica).

h) **Técnicas de sonido:** (Conocimiento y utilización del mismo).

i) **Técnicas de utillaje:** (Manejo de aparatos e instrumentos).

j) **Técnicas de administración y financiación:** (Nociones elementales de organización material).

4. HACIA UN MODELO DE INSTITUCIONALIZACION DE LA CULTURA POPULAR

4.1. El Estado: papel fundamental. Rol subsidiario

Para una tarea de desarrollo de la cultura popular no se puede prescindir del Estado mientras el Estado exista. El Estado promueve, ayuda, suple, completa. Cuanto más autogestionado sea este Estado tanto mejor. Cuanto más borrada esté la línea divisoria entre gobernantes y gobernados, tanto mejor para la cultura. En todo caso, el Estado debe respetar las iniciativas privadas que vengan de abajo. Descarga en los individuos y en las asociaciones de base el esfuerzo cultural. Se limita a crear los cauces adecuados para que surjan hombres y ciudadanos responsables. Alienta a las asociaciones privadas existentes. No pretende sustituirlas. Su labor como la de un giganteco sistema nervioso central es puramente coordinativa, orientadora, reguladora. Propiamente no manda o manda muy poco. Se limita o debe limitarse a establecer un equilibrio de funciones sabiamente jerarquizadas no con jerarquía de dominio sino de función. Impide que la plusvalía informativa o cultural sea monopolizada en beneficio exclusivo por los organismos o estratos funcionales. La plusvalía informacional cultural, es ampliamente repartida por todo el organismo social de modo tal que el control se hace posible a todos los niveles sin secuelas de dominación.

Estamos refiriéndonos a un tipo de comportamiento ideal del Estado que no siempre aparece confirmado con los hechos.

4.2. Las relaciones del Estado con servicios públicos, colectividades locales, regionales o nacionales; empresas privadas y creadores culturales

En principio, la ayuda del Estado —a través, si es posible de sus organismos descentralizados— debe ser lo más generosa y desinteresada posible favoreciendo el asociacionismo cultural voluntario. Cuanto más pequeñas sean las unidades de vida social, cuanto más espontáneas y voluntarias sean, menos debe el Estado intervenir directamente sin regatear por eso su ayuda, aunque el Estado, bien entendido, y con mayor razón un Estado autogestionario no es ni puede ser un Estado-Rey Mago que resuelva todos los problemas. Hay que contar siempre con el propio esfuerzo de la comunidad; es ella la que más o menos impulsada por agentes externos de desarrollo socio-cultural debe dar los primeros pasos en un esfuerzo cooperativo donde todos intervienen material y espiritualmente. El Estado facilita medios, ofrece locales, subvenciona selectivamente con arreglo a planes concretos, pero no puede sustituir a las asociaciones voluntarias a los grupos sociales en su esfuerzo de promoción. A niveles más altos, conforme nos alejamos de las unidades de base, la acción interventora del Estado —ójala se tratase de organismos de autogestión más complejos y no de instancias burocráticas— se justifica más ampliamente. Deben aparecer aquí organismos coordinadores, sintetizadores, dotados de un personal especializado que habrá que formar también. Organismos donde la acción pública y la privada se encuentren representadas en un común esfuerzo de colaboración. Serán estos organismos los que recogiendo las sugestiones de la base, los datos de la realidad, podrán proporcionar al Plan las verdaderas orientaciones operativas En todo caso la política cultural del país tiene que ser coordinada a nivel público y privado si queremos evitar el caos y el derroche. La autogestión cultural es la antítesis de la burocracia cultural.

En general, las relaciones del Estado con los grupos o entidades promotores de cul-

tura, deberán realizarse dentro de un marco contractual o de concertación, donde se especifiquen claramente los derechos y deberes de ambas partes.

4.3. Una nueva política cultural: Los principios orientadores: creación de la infraestructura cultural y favorecimiento del asociacionismo cultural

Una auténtica política cultural a la que ningún Estado moderno puede renunciar, pues las grandes batallas de nuestro tiempo se juegan y se van a jugar más aún en el futuro sobre el tablero de la cultura (so pena de caer en fosilizaciones culturales lamentables), presupone una imagen clara de la sociedad que se quiere construir. Inmersos en una sociedad de consumo ásperamente combatida por la llamada teoría crítica, importa mucho tomar conciencia en nombre de una teoría creadora de la sociedad, de que el núcleo del problema no está en la desaparición de esa sociedad de consumo, sino en su generalización y en su superación. Se trata de salvar cuanto de progresivo existe en ella para insertarlo en una sociedad de bien-ser, donde el hombre liberado de sus alienaciones sea dueño responsable de su destino individual y colectivo. La política cultural de un Estado moderno tiene por fuerza que ser una política al servicio del hombre, respetuosa de sus derechos y valores esenciales. Una política ni totalitaria ni individualista, conocedora de los dinamismos sociales, elaboradora de un proceso de animación cultural que debe en principio preceder a la organización del cuadro o marco material. No respetar la libertad de los individuos, su capacidad asociativa, podría ser tan funesto —el ejemplo yugoslavo lo demuestra ampliamente— como dejar que cada grupo se encierre sobre sí mismo en un microcosmo egocéntrico que convierta a cada espacio o estructura cultural en una isla o ghetto, tal como sucede a veces en la sociedad norteamericana (10).

Decir ésto no equivale a practicar una política de avestruz, que ignora las contradicciones reales de la sociedad contemporánea mediante una terapéutica fascista o totalitaria, sino de acogerlas en una visión sinaléctica —que no excluye la dialéctica— de la sociedad en la que las contradicciones son resueltas —sin ser negadas— a través de un formidable esfuerzo cooperativo o síntesis que elimina la propia raíz de la contradicción. Se trata, en definitiva, de encontrar un nuevo equilibrio, una vía nueva de política cultural al servicio de una democracia cultural participante, que no tiene por qué excluir la planificación democrática en la que las impulsiones de arriba se combinan con las fuerzas vivificantes que vienen de la base. Los polos de desarrollo cultural juegan aquí el papel de catalizadores, de activadores y condensadores de las energías individuales y colectivas.

Pero esta política de desarrollo socio-cultural no puede ignorar las tensiones inherentes al propio desarrollo. Tensiones entre la necesidad de libertad y la necesidad de organización, tensiones entre el sentido del cálculo y el sentido de la gratuidad, entre el espíritu de consumo y el espíritu de servicio, entre el legítimo espíritu de lucro moderado de toda industria cultural —al menos dentro del actual sistema capitalista— y el espíritu de servicio público que debe impregnar el esfuerzo de promoción en el plano de la cultura, tensiones entre la técnica y las aspiraciones ideológicas y espirituales que no pueden ni deben ser suprimidas a nivel de individuo o de grupo, tensiones entre la necesidad de movimiento y las exigencias de la estabilidad, tensiones entre lo público y lo privado, tensiones entre las propias asociaciones o entidades privadas, tensiones entre las propias entidades o departamentos públicos sobre quienes recae la tarea de promoción y equipamiento.

No se trata de ofrecer una lista exhaustiva de tales tensiones sino de insistir en la idea de que una política dinámica de promoción cultural no debe ignorar tales tensiones. Y todo ello sobre la base de una auténtica concepción de la cultura popular entendida ésta no como popularización pura y simple de productos culturales ya elaborados de una cultura ya dada sino como el esfuerzo cultural creador de un pueblo

(10) Meister, Albert: **Socialismo y autogestión.** Editorial Nova Terra, Barcelona 1965.

que no encuentra obstáculos institucionales para que sus aportaciones se conviertan en patrones modeladores de la vida comunitaria entera (11).

Pero una política cultural como la que aquí esbozamos, supone la creación de una infraestructura adecuada. Y la creación de esta infraestructura adecuada implica a su vez las fases siguientes:

A) **Inventario de lo existente.** Se trata de contar con lo que existe a fin de evitar el derroche: terrenos, jardines, playas, cines, colecciones artísticas, museos, castillos, etcétera. El Estado puede urgir la función social de ciertas posesiones. Y utilizar mejor lo que ya posee (organismos públicos, universidades laborales, etc.).

B) **Inventario de las necesidades.** De las necesidades objetivas y las subjetivas. Hay que conocer no sólo las necesidades reales sino también las motivaciones profundas de la población, sus necesidades, tales como son sentidas y no sólo como deberían ser conforme a criterios impositivos.

C) **La potenciación de los recursos.** La sociedad y no sólo el Estado debe potenciar sus recursos socio-culturales para adaptarlos a las necesidades crecientes en este dominio que, como es bien sabido, aumentan con el propio desarrollo social y económico. Sólo esta potenciación de la infraestructura socio-cultural hará posible sin traumatismos el paso a la nueva cultura de masas. Sólo ella hará posible la convivencia, la paz social, el mismo orden público y sobre todo la auténtica democracia que nos lleve a una sociedad de hombres libres y responsables. Y esta potenciación es tanto más necesaria cuanto que ella se nos presenta como el factor decisivo del propio desarrollo económico y social. Todo ello supone que el Estado convierte a la cultura en un sector prioritario (cultura popular, educación, investigación) y en que arbitra los medios de todo tipo presupuestarios y fiscales principalmente para que la potenciación no quede en un piadoso deseo.

D) **Adecuación de los recursos a las necesidades.** A la hora de adecuar los recursos a las necesidades importa mucho de establecer criterios claros que permitan realizar una justa distribución de estos recursos. Hay que evitar una política alocada de subvenciones que no vaya ceñida en torno a objetivos concretos fijados por los propios interesados y a ser posible dentro de un marco contractual.

Aceptamos el principio general de actuación que Aurelio Sahagún en su trabajo **La promoción social de la cultura** (12) nos propone referido a los niveles económicos: «La intensidad y la inversión en el desarrollo socio-cultural de los distintos niveles económicos, será siempre inversamente proporcional a la renta de cada nivel y directamente proporcional al número de personas que lo componen». Este criterio no es un criterio absoluto como el propio Sahagún reconoce. Por eso él propone otro criterio: el de los niveles demográficos que comprende a su vez el criterio de las edades —las edades óptimas sobre las que debe operar la promoción socio-cultural van de los veinte a los cuarenta y cinco años— y el criterio no menos importante de la distribución por poblaciones.

Refiriéndose a nuestro país, subraya Sahagún: «En España hay 8.879 municipios menores de 10.000 habitantes, con una población global de más de 13.000.000 de habitantes, lo que representa más de un 40 por 100 de la población total de España. En virtud del principio antes enunciado puede decirse pues, que alrededor de un 40 por 100 del país vive en estado de escaso desarrollo socio-cultural, lo que no tiene nada que ver con los niveles individuales de conocimiento» (13).

El propio desarrollo general del país y el fenómeno de la emigración contribuyen a modificar este cuadro, pero el criterio sigue siendo válido. Hay que ayudar de un modo

(11) Ver el importante libro **Equiper et animer la vie sociale.** Editions du Centurion. París 1966. Especialmente la tercera parte. Sus orientaciones han influido y beneficiado este trabajo. Los autores del libro son A. Thery y M. Garrigou-Lagrange.

(12) Sahagún, A.: **La promoción social de la cultura.** Servicio informativo español. Madrid 1967, págs. 67 y siguientes.

(13) Op. cit.

prioritario a los núcleos de población más desfavorecidos en el marco de una adecuada política de ordenación comarcal y territorial, sin olvidar a esos grandes conjuntos residenciales que proliferan en las grandes ciudades como un fenómeno nuevo, producto muchas veces de la propia emigración, barrios inmensos sin alma a los que hay que infundir un espíritu y no sólo una base de infraestructura cultural.

En todo caso no tendría sentido alguno crear una infraestructura cultural poderosa y rica si al mismo tiempo no se prevé adecuadamente el modo de su utilización. Una política de equipamientos culturales colectivos plantea el problema de la animación cultural permanente. En la medida de lo posible hay que convertir a los consumidores culturales, a los usuarios, en participantes activos y autogestionarios y no en simples cotizadores de un servicio cultural del que sólo reciben ventajas personales. Hay que convertirlos en actores del servicio cultural mismo y si es posible en militantes, en hombres entregados a un ideal, a una obra cuyo fin no queda reducido a la mera suma de las satisfacciones individuales. Si esta participación directa es difícil de obtener en algunos casos (v. g. los usuarios de una piscina municipal) y sobre todo en las primeras fases, sí puede obtenerse a través de adecuadas campañas una cierta mentalización, una cierta toma de conciencia que les haga comprender que aquella piscina, biblioteca pública o cabina telefónica pertenece a todos y que es obra de todos al servicio de todos. Interesar a la sociedad en la creación y conservación de los equipamientos colectivos es algo que corresponde no sólo a los llamados poderes públicos sino a todos los grupos sociales, familias, sindicatos, comunas, asociaciones de toda índole.

Esta animación cultural permanente la puede fomentar el Estado favoreciendo el juego asociacionista a través de una Ley de asociaciones lo más liberal posible en primer término y después mediante su ayuda desinteresada a los grupos y asociaciones de base.

Finalmente esta tarea del Estado no tendría sentido sin la creación de una **superestructura** que constaría de tres importantes elementos:

A) Un Ministerio de la cultura principal responsable de la política cultural del país ante el pueblo. No centralizador pero si coordinador y dinamizador del juego cultural.

B) Un Consejo Nacional de la Cultura donde estuviesen representadas todas las instancias, organismos, asociaciones y entidades culturales del país. Con función consultiva y elaboradora del plan cultural de desarrollo.

C) **Un plan de desarrollo socio-cultural** a corto y largo plazo tal como existe por ejemplo en Suecia.

La cultura popular puede y debe planificarse democráticamente a ser posible de forma autogestionada. Al diseño del hombre nuevo y de la nueva ciudad han de concurrir todos los ciudadanos porque no se trata de modelar totalitariamente desde arriba el alma y el cuerpo de unos hombres sino de que el pueblo liberado de obstáculos tradicionales pueda por fin en libertad fraguarse su propio destino y escoger su propio proyecto de vida.

La planificación de que hablamos no puede ser una planificación autoritaria ni siquiera paternalista. Ha de ser una planificación orientadora e indicativa alzada en la medida de lo posible sobre la autogestión cultural a todos los niveles. El pueblo no sólo debe tener la última palabra en los organismos de base —comisiones culturales, asambleas de vecinos, asociaciones culturales específicas, comunas, etc.—, sino también en los órganos intermedios planificadores y en los órganos superiores a nivel nacional. La política cultural tiene que ser por fuerza una política al servicio del hombre, al servicio de la promoción individual y de la promoción colectiva. Al servicio de los grupos sociales porque la cultura popular sólo puede florecer con plenitud en el seno de una sociedad estructurada de abajo arriba. Una sociedad comunitaria y federalista en la que el pueblo tenga siempre la última palabra.

La planificación cultural habrá de tener en cuenta la existencia de tres grandes categorías de colectividades.

a) **Asociaciones voluntarias** fundadas sobre afinidades particulares, preocupaciones

y objetivos comunes, más o menos vinculadas al lugar de residencia o al lugar de trabajo, más o menos volcadas hacia el exterior o hacia el interior del grupo, más o menos vinculantes para sus miembros.

b) **Colectividades territoriales,** más o menos estructuradas y organizadas, vecinales, aldeas, pueblos, barrios, ciudades, regiones, provincias y en el caso nuestro, nacionalidades o entidades autónomas.

c) **Instituciones** abrigando colectividades que desborden el marco territorial, no identificándose con él, no representando a todo el barrio ni a todo el pueblo, y cuyo sentimiento de pertenencia viene dado por el marco institucional mismo, sin que pueda decirse que sus miembros comparten obligatoriamente las mismas preocupaciones. Lo cual no quiere decir que no existan ciertos objetivos comunes y que la adhesión no sea libre; estas colectividades de establecimiento carecen del grado de espontaneidad que caracteriza a las asociaciones voluntarias pero cumplen un importante papel en la promoción socio-cultural.

La complejidad de la vida social hace que un mismo individuo pueda de hecho pertenecer a distintas colectividades. El tiempo y el espacio se conjugan para hacer surgir **unidades de vida social** más o menos estables, más o menos institucionalizadas, más o menos materializadas en objetos y lugares comunes. Importa mucho determinar lo que podríamos llamar una morfología del espacio que establezca polos de impulsión y de atracción, barreras físicas, umbrales, zonas de difuminación, a fin de obtener por así decirlo, un paisaje ecológico espacial sobre el que podríamos proyectar un estudio morfológico de la población (categorías socio-profesionales, categorías étnicas y regionales, reparto de las edades y los sexos, las estructuras familiares, etc.).

Es sobre este mapa sociológico sobre el que debiéramos alzar nuestras primeras hipótesis planificadoras a través de un diálogo permanente con los propios interesados, de una observación participante, de una encuesta prolongada que nos permitan establecer un verdadero y eficaz plan en función de las necesidades colectivas. Pero bien entendido esta tarea de prospección no podrá hacerse sin contar con los interesados representados en los distintos organismos de planificación. Si ciertas necesidades son fácilmente perceptibles (sanitarias, higiénicas, deportivas, religiosas, etc.), existen otras que permanecen en estado difuso y potencial. Otras que no siendo a lo mejor objetivamente importantes **son sentidas como importantes** por todos los miembros de la colectividad.

La incorporación a ser posible autogestionaria de los interesados a la tarea de la planificación cultural aparece como un presupuesto teórico imprescindible ya que de no producirse esta incorporación, los mismos equipamientos colectivos corren el riesgo de quedar inutilizados por sus mismos destinatarios.

5. CULTURA POPULAR Y CONTRACULTURA

5.1. Papel de las subculturas en la génesis de la nueva cultura popular

En el movimiento contracultural contemporáneo podemos encontrar ya anticipados muchos de los rasgos definitorios de la nueva cultura popular.

La revolución cultural tema clave de la contracultura contemporánea es concebida como una revolución acumulativa que hace posible la verdadera emancipación humana. Hay que concebir la revolución cultural no como el postre de la revolución económica, sino como exigencia primordial de la vida nueva, de la vida cambiada. En este sentido las subculturas de nuestro tiempo, como verdaderos caldos de cultivo, propician ya los valores de la nueva edad y por tanto de la nueva cultura. Estas subculturas muchas veces marginales, cumplen un importantísimo papel en la génesis de la nueva cultura popular pluralista y diferenciada, no dicotómica, ya que el principal derecho que estas subculturas reclaman, es el derecho a la diferencia, a ser diferentes. La contracultura implica por tanto si quiere ser auténtica, una crítica de la crítica, una negación de la negación. Desde este punto de vista, la contracultura, toda contracultura, es una categoría

permanente de la Historia. Aplicando este razonamiento a nuestra realidad presente, podríamos decir que la contracultura actual es no sólo crítica de la razón pura, de la razón matemática y galileana que ha hecho posible la cultura burguesa con su orden liberal-capitalista, sino también crítica de la razón vital, de la razón socialista en la medida en que el nuevo orden de ésta pueda hoy o en el futuro constituir un freno al libre desarrollo de la personalidad, al pleno desenvolvimiento del individuo como sujeto creador de la Historia.

Las subculturas actuales (juvenil, femenina, étnicas, etc., e incluso en cierta medida, aquéllas que podrían ser consideradas como patológicas) aportan directa o indirectamente, unos valores capaces de enriquecer nuestra vida social reseca y aburrida.

5.2. **Cambiar la sociedad cambiando la vida**

Una cultura popular que no hundiera sus raíces en la vida misma, en la vida cotidiana, sería una cultura muerta. La contracultura pretende precisamente cambiar la sociedad cambiando la vida. En uno de los manifiestos del Mayo francés se decía: «Si la cultura viene después del pan, la cultura no llegará a ser nunca el pan cotidiano de cada uno». La contracultura nos recuerda por tanto que de nada sirven las reformas políticas y económicas si no cambiamos la substancia misma del orden social. Porque la contracultura no implica la politización de la vida privada —aunque la dimensión política de problemas hasta ahora considerados como privados, pueda y deba ser puesta de relieve e incluso subrayada—, sino más bien todo lo contrario, es decir, la socialización, la «cotidianización» de los problemas políticos que son tratados a fondo en sus raíces últimas de origen social y humano. Con la contracultura la felicidad se convierte en problema político, pero ésto no quiere decir que la contracultura postule un Estado totalitario que haga a los hombres felices a la fuerza. Por el contrario, se trata de llegar a una organización social y política inédita, que con el mínimo de coacción posible desarrolle al máximun el poder creador del hombre y pueda dar por tanto satisfacción a sus ansias e impulsos felicitarios.

La nueva cultura popular ha de surgir de esta renovación profunda de la vida cotidiana. Y esta renovación profunda sería imposible sin el combate cultural. Sólo el combate cultural podrá transformar la sociedad de bienestar en sociedad de bien ser. Pero el combate cultural supone la adopción de una estrategia socio-cultural adecuada.

5.3. **Una estrategia socio-cultural**

El combate cultural implica tres fases principales:

A) La devolución de la palabra al pueblo como primera condición. Un pueblo mudo no podrá crear nunca su propia cultura. Es necesario que el pueblo hable, que el pueblo comunique. Comunicación creadora a todos los niveles: en la calle, en el taller, en la oficina, en la escuela, en el campo, en la ciudad... Comunicación verbal y escrita, estética e imaginativa, donde todos se sientan artistas, creadores, renovadores de la palabra; es la fase de la puesta en común, de la libre andadura de sueños y proyectos.

B) Pero la cultura popular también exige el papel crítico del pueblo. Se trata ahora en la segunda fase de juzgar, de pasar por la criba lo examinado, soñado, discutido. Sólo una crítica constante y perfectiva de nuestras propias actitudes y realizaciones puede dar paso a una cultura creadora abierta hacia el futuro.

C) Finalmente el combate cultural implica la práxis, la realización. Sólo una cultura nacida de la convivencia, de la experimentación permanente y cotidiana puede llevarnos a la sociedad nueva a la que aspiramos.

Sean bienvenidas por tanto todas las siembras fecundas, todas las experiencias-pilotos, todos los ensayos, aunque se acompañen de fracasos, todas las tentativas por crear en el interior del sistema circuitos paralelos que escapen a los circuitos comerciales e

ideológicos de dominación. Sea bienvenida la larga marcha dentro del sistema aunque esta marcha debiera durar siglos.

Sean bienvenidas las batallas específicamente culturales: alfabetización, educación de adultos, promoción social de los barrios, estudios de las realidades locales, de los centros asistenciales y de sus posibles deficiencias (asilos, escuelas, centros siquiátricos, hopitales...), dando a conocer a la opinión pública, en denuncia profética, su problemática y sus posibles fallos.

Sean bienvenidas las luchas por alcanzar grados progresivos de autonomía a todos los niveles, los combates pacifistas y ecológicos, las objecciones de conciencia contra la guerra y la injusticia. Sean bienvenidos los movimientos sociales de base de toda índole en favor de los marginados y excluidos sociales.

Porque no se trata de huir y refugiarse en piadosas utopías, sino de apuñalar a la ballena desde dentro, habiendo sido tragados por ella. De asumir una estrategia valerosa de ausencia-presencia, de estar-no estando, de ataque-retirada. Se trata de empezar a vivir en nuestra vida cotidiana como si ya la revolución, la emancipación humana hubiera sido conseguida.

Estas tres fases pueden ser, según los casos, sucesivas o simultáneas. La secuencia lógica y lineal queda rota. No existen caminos. Se trata ahora de volar. De remontarnos sobre los senderos trillados del pasado para que podamos decir con San Juan de la Cruz.

> Volé tan alto, tan alto.
> Que le dí a la caza alcance.